

Textos

EVELYN FOX KELLER*

Reflexiones sobre género y ciencia**

Hace diez años yo me dedicaba por entero (aunque no estuviera del todo contenta) a mi trabajo como biofísica matemática. Creía con todo mi corazón en las leyes de la física, y en el lugar que éstas ocupan en la cúspide del conocimiento. Pero, mediada la década de los setenta -como si dijéramos de la noche a la mañana- se hizo preponderante otro tipo de cuestionamiento, que alteró por completo mi jerarquía intelectual: ¿En qué medida está ligada la naturaleza de la ciencia a la idea de masculinidad, y qué podría significar que la ciencia fuera de otra forma distinta? La formación de toda una vida hacía perfectamente absurdo este tipo de cuestión y, sin embargo, cuando supe de su existencia, ni como mujer ni como científica pude prescindir de ella. Gradualmente comencé a explorar la relación entre género y ciencia en una serie de ensayos [...]

Y, más recientemente, un antiguo profesor mío que se había enterado de que yo estaba trabajando en género y ciencia me pidió que le contara lo que había aprendido sobre las mujeres. Traté de explicarle: «No estoy aprendiendo menos de los hombres que de las mujeres. Es más, lo que aprendo es ciencia». La diferencia es importante y el malentendido (que no es sólo suyo) es revelador.

El supuesto tan extendido de que un estudio sobre género y ciencia sólo podría ser un estudio sobre las mujeres todavía me deja atónita: si las mujeres se hacen, más que nacen, sin duda alguna lo mismo les ocurre a los hombres. Y también a la ciencia. [...]

Vemos nuestro mundo dividido por una multiplicidad de dicotomías conceptuales y sociales -que se sancionan mutuamente, se apoyan mutuamente y se definen mutuamente: Público o privado, masculino o femenino, objetivo o subjetivo, poder o amor. Así, por ejemplo, la división entre hecho objetivo y sentimiento subjetivo es sustentada por la asociación de objetividad con poder y masculinidad, y es separada del mundo de las mujeres y el amor. A su vez, la disyunción entre lo masculino y lo femenino es sustentada por la asociación de la masculinidad con poder y objetividad, y su disyunción de la subjetividad y el amor. Y así sucesivamente.

* Profesora de matemáticas y humanidades en la Northeastern University.

** Agradecemos a la editorial Alfons el Magnànim su permiso para reproducir estos fragmentos del libro *Reflexiones sobre género y Ciencia*, editado por esta Institución. Valencia, 1991, y traducido por Ana Sánchez. El texto original se publicó en *Reflections on Gender and Science*, Yale University Press, 1985.

Una perspectiva feminista de la ciencia nos enfrenta a la tarea de examinar las raíces, la dinámica y las consecuencias de esta red interactiva de las asociaciones y disyunciones -que, juntas, constituyen lo que se podría llamar el «sistema género-ciencia». Nos lleva a preguntar cómo se informan entre sí la ideología de género y la de la ciencia en su construcción mutua, cómo funciona esa construcción en nuestras distribuciones sociales, y cómo afecta a los hombres y a las mujeres, a la ciencia y a la naturaleza. Pero el feminismo no sólo nos proporciona un tema, también nos proporciona un método particular de análisis para investigar ese tema. Dado que ese método informa tan profundamente mi forma de proceder, necesito decir un poco más sobre la lógica del análisis feminista.

Hace diez años, «lo personal es político» era un aforismo -quizá la expresión más clara de lo más distintivo del movimiento feminista moderno. Hoy, las pensadoras feministas reconocen la conjunción de lo personal y lo político como algo más que un aforismo: consideran que es un método. Como ha escrito Catherine McKinnon,

lo personal como político no es un símil, ni una metáfora, ni tampoco una analogía... Significa que la experiencia distintiva de las mujeres en tanto que mujeres ocurre dentro de la esfera que socialmente ha sido vivida como personal -privada, emocional, interiorizada, particular, individualizada, íntima- de tal modo que conocer la política de la situación de la mujer es conocer las vidas personales de las mujeres. (1982, p. 534)

[...]

GÉNERO Y CIENCIA

La exigencia de... corrección en los juicios prácticos y de objetividad en el conocimiento teórico... pertenece en su forma y afirmaciones a la humanidad en general, pero en su actual configuración histórica es totalmente masculina. Supongamos que describimos estas cosas, consideradas como ideas absolutas, con la sola palabra «objetivo», entonces nos encontramos con que en la historia de nuestra raza la ecuación objetivo= masculino es válida.

Simmel, citado por Horney (1926, p. 200)

Al articular este lugar común Simmel se salta una convención del discurso académico. La asociación, históricamente omnipresente, entre masculino y objetivo, y de manera más específica entre masculino y científico, es un tema que la crítica académica se resiste a tomar en serio. ¿Por qué ocurre esto? ¿No resulta raro que una asociación tan familiar y tan profundamente atrincherada sólo sea terna para el discurso informal, la alusión literaria y la crítica popular?

¿Cómo es que la crítica formal de la filosofía y sociología de la ciencia no han considerado que este tema requiriera análisis? El silencio virtual sobre este tema, al menos por parte de la comunidad académica no feminista, nos sugiere que la asociación de la masculinidad con el pensamiento científico tiene el estatus de un mito que o bien no puede o bien no debe ser examinado en serio. Tiene, simultáneamente, el aire de ser «autoevidente» y de «no tener sentido» - lo primero en virtud de que su existencia se da en el ámbito del conocimiento común (es decir, que todo el mundo lo sabe), y lo segundo en virtud de que queda fuera del ámbito del conocimiento formal, y porque entra en conflicto con nuestra imagen de la ciencia como algo emocional y sexualmente neutro. De tomárselo en serio, sugeriría que si hubiera más mujeres dedicadas a la ciencia, podría surgir una ciencia diferente. Semejante idea, aunque a veces es expresada por quienes no se dedican a la ciencia, choca abiertamente con la visión formal de que la ciencia únicamente está determinada por su metodología lógica y empírica.

La supervivencia de creencias míticas en nuestra forma de pensar la ciencia, el mismo arquetipo del antimito, al parecer debiera invitar a nuestra curiosidad y exigir investigación. Los mitos que no se examinan, dondequiera que sobrevivan, tienen una potencia subterránea; afectan a nuestro pensamiento de formas de las que no somos conscientes y, en la medida en que nos falte esa conciencia, queda socavada nuestra capacidad para resistir a su influencia. La presencia de lo mítico en la ciencia parece particularmente inapropiado. ¿Qué está haciendo ahí? ¿De dónde emerge? ¿Y cómo influye en nuestras concepciones de la ciencia, de la objetividad o, si vamos a ello, del género?

A estas cuestiones quiero dedicarme, pero antes de ello es necesario aclarar y elaborar el sistema de creencias en el que la ciencia adquiere género -sistema que lleva a la «generización» de la ciencia. Quiero dejar claro desde el principio que el tema a debatir no es, al menos no es simplemente, la ausencia relativa de mujeres en ciencia. Aunque es cierto que la mayoría de quienes se dedican a la ciencia han sido, y siguen siendo, hombres, la composición de la población científica apenas puede dar cuenta, por sí misma, de la atribución de masculinidad a la ciencia en tanto que dominio intelectual. Después de todo, la mayoría de los esfuerzos intelectuales y creativos válidos culturalmente, han sido históricamente del dominio de los hombres. No obstante, pocos de estos esfuerzos llevan de forma tan inconfundible la connotación de masculino en la naturaleza misma de la actividad. Tanto para el científico como para su público el pensamiento científico es pensamiento masculino, en un sentido que ni la pintura ni la escritura - que también han sido realizadas en gran parte por los hombres- lo han sido nunca. Como Simmel observaba, la objetividad misma es un ideal que tiene una larga historia de identificación con la masculinidad. El hecho de que, incluso ahora, la población científica sea una población arrolladoramente masculina es en sí mismo una consecuencia más que una causa de la atribución de masculini-

dad al pensamiento científico.¹ Lo que requiere ser sometido a discusión es una creencia más que una realidad, aunque las formas en que la realidad es conformada por nuestras creencias son múltiples y también necesitan articulación.

¿Cómo se manifiesta esta creencia? Antes era un lugar común escuchar afirmar, escuetamente, a científicos, maestros y padres que las mujeres no pueden, ni deben, ser científicas, que les falta la fuerza, el rigor y la claridad de mente necesarias para una ocupación que pertenece a los hombres. Ahora, cuando el movimiento de mujeres ha hecho que resulten ofensivas afirmaciones tan desnudas, el reconocimiento abierto de la creencia, que sigue estando en vigor, acerca de la masculinidad intrínseca del pensamiento científico está menos de moda. Y, sin embargo, sigue encontrando expresión diaria en el lenguaje y las metáforas que usamos para describir la ciencia. Cuando apodamos «duras» a las ciencias objetivas en tanto que opuestas a las ramas del conocimiento más blandas (es decir, más subjetivas), implícitamente estamos invocando una metáfora sexual en la que por supuesto «dura» es masculino y «blanda» es femenino. De forma general, los hechos son «duros», los sentimientos «blandos». «Feminización» se ha convertido en sinónimo de sentimentalización. Una mujer que piensa científica u objetivamente está pensando «como un hombre»; a la inversa, el hombre que siga un razonamiento no racional, no científico, está argumentando «como una mujer».

El enraizamiento lingüístico de este estereotipo no se ha perdido entre las niñas y los niños, que quizá sigan siendo los seres más francos y menos conscientes de su expresión. Desde bien pronto, incluso en la presencia de modelos de rol no estereotipados, niñas y niños aprenden a identificar las matemáticas y la ciencia como masculinas. «La ciencia», declaraba mi hijo cuando tenía cinco años, pasando por alto con toda la confianza el hecho de que su madre fuera mujer y científica, «¡es cosa de hombres!». La identificación entre pensamiento científico y masculinidad está tan profundamente arraigada en la cultura en general que los niños tienen pocas dificultades en internalizarla. Crecen no sólo esperando que los científicos sean hombres sino también percibiendo a los científicos como más «masculinos» que otras profesiones de hombres -por ejemplo las dedicadas al arte. Numerosos estudios de masculinidad y feminidad en las profesiones confirman esta observación, y quedan caracterizadas como más masculinas las ciencias «más duras» así como las ramas «más duras» de cualquier profesión.

[...]

Mi visión de una ciencia sin género no es una yuxtaposición o complementariedad de perspectivas masculinas y femeninas, ni tampoco la substitución de

¹ Para una mayor elaboración de este tema, véase *Women in Science.- A Social Analysis* (Keller, 1974).

una forma de estrechez mental por otra. Se basa, más bien, en una transformación de las categorías mismas de masculino y femenino y, en correspondencia con ello, de las de mente y naturaleza.

Al mismo tiempo, tomo muy en serio las lecciones de filosofía de la diferencia que saqué del ejemplo de McClintock. Esa filosofía me ha enseñado a buscar una ciencia que no sea nombrada por el género, ni siquiera por la androginia, sino por muchas formas de nombrar diferentes. Una ciencia sana es aquella que permita la supervivencia productiva de diversas concepciones de mente y naturaleza y de sus correspondientes estrategias diversas. Según mi visión de la ciencia, lo que se buscaría no es la doma de la naturaleza, sino la de la hegemonía.

Conocer la historia de la ciencia es reconocer la mortalidad de cualquier pretensión de verdad universal. Cualquier visión pasada de la verdad científica, cualquier modelo de los fenómenos naturales, con el tiempo ha resultado ser más limitado de lo que pretendían sus defensores. La supervivencia de la diferencia productiva en la ciencia requiere que situemos todas las pretensiones de hegemonía intelectual en su lugar adecuado -que entendamos que tales pretensiones, por su misma naturaleza, son políticas más que científicas.